

El muchacho tomó la carta y el criado desapareció.

El príncipe, ocupado en ayudar á apearse á la condesa, que estaba en extremo quebrantada, no vió, á pesar del cuidado con que sus miradas registraron el patio y el vestibulo, otra persona alrededor que un muchachuelo haraposo apoyado contra la puerta y que le dijo con voz doliente:

—¡Una limosnita, señor, por Dios!

Cellemare echó una moneda de plata en la ennegrecida mano del chico y dijo al oído de Clotilde:

—¡Animo, señora! El coche se ha detenido por no sé qué accidente; quizá se ha roto; el portador de la carta debe estar dentro de él, y ahora juro á usted que la carta no llegará; tenga usted valor, y adiós.

Nada contestó Clotilde; subió lentamente la escalera y se dirigió á su habitación, cuya puerta le abrió Avelina.

Mas no bien se hubo vuelto á cerrar, no bien sus dolientes ojos se tendieron por la habitación, lanzó un grito de angustia y de tórpor.

En pie, junto á la chimenea, pálido, inmóvil, rígido y severo había columbrado á su esposo.

Aquel grito desolado que se había arrancado del pecho de Clotilde fué á terminar á los pies del conde, donde cayó suplicante y temblorosa.

VI

Páginas del corazón.

Una espantosa llama se encendió en los ojos del conde y fulguró durante algunos segundos; era la ira que ardía en su corazón como el cráter de un volcán.

Hubo un instante en que levantó su puño crispado sobre la cabeza de su esposa como si hubiera querido aniquilarla.

Pero aquella mano volvió á caer sin tocar la hermosa cabeza que había amenazado; apagóse el fuego de los ojos del conde y las facciones de éste tomaron cierto carácter de amarga serenidad.

Guardó silencio por espacio de algunos instantes, como si hubiera querido ahogar completamente los rastros de un furor indigno y agresivo, y luego dijo á su esposa con voz firme:

—Levántese usted.

La pobre joven obedeció y permaneció delante de él inmóvil y con la cabeza doblada sobre el pecho.

Durante algún tiempo volvió á reinar el silencio.

Clotilde no tenía palabras.

Su marido buscaba sin encontrar las que ne-

cesitaba, y no podía separar sus ojos de aquella mujer que le parecía más bella, más joven, más encantadora que nunca.

A pesar de su enojo, el abatimiento de Clotilde, aquel abatimiento, que, si probaba su crimen, probaba también hasta qué extremo desconocía el arte del disimulo, le enternecía profundamente, disipando á su pesar las negras nubes que invadían su alma.

Mas aquella emoción no duró largo rato; bien pronto el recuerdo de su perdida felicidad, las memorias de sus pasadas ilusiones volvieron á encender en su alma un furor que le devoraba y hacía hervir toda su sangre.

Pudo, empero, volverse á dominar, y dijo á Clotilde señalándole un sillón.

—Siéntese usted.

Ésta obedeció, paciente y muda, la segunda orden como había obedecido la primera; pero su conmoción, producida por la difícil posición en que se encontraba y su espanto, originado por la excesiva timidez y blandura de su carácter, se habían un tanto disipado, y al ocupar el asiento pudo fijar en el semblante de su marido sus dulces ojos.

Aquellas nobles facciones, aquella mirada, cuya bondad tenía tan conocida, acabaron de extirpar de su alma las sombras del terror y llevaron la serenidad á su ánimo.

Los afectos profundos y legítimos son otros tantos consoladores del alma.

—Augusto —dijo Clotilde mirando á su marido con alguna emoción, pero también con aquella tranquilidad que emana de la conciencia— te doy gracias por haberte anticipado á mis deseos esperándome aquí. Yo deseaba mucho justificarte lo sucedido poco ha, y tú, sin duda adivinándolo, has venido á encontrarme para oír esta explicacion.

—La espero, señora—repuso el conde fríamente.

—Óyeme, pues, Augusto—continuó la condesa juntando sus manos con una gracia, llena de encanto y sencillez;—óyeme y cree lo que te diga, porque nunca he sabido mentir; mi sola culpa consiste en haberte callado mis primeros é inocentes amores; pero mi padre me mandó que así lo hiciera, creyendo, en su orgullo, que me degradaba confesándote que había amado á un joven sin títulos de nobleza y sin fortuna.

—¡Luego le ha amado usted!—exclamó el conde sordamente.

—¿A qué negarlo?—contestó Clotilde sin reparar en la expresión que habían tomado las facciones de su marido, y ocupada sólo en recordar todas las circunstancias de sus adolescentes amores.—Sí—continuó elevando al cielo sus rasgados ojos, á través de cuya húmeda llama se

veía radiar toda la ternura de sus recuerdos;—sí, Augusto, yo creo que le amé, puesto que por él desobedecía á mi padre y le veía cada noche á través de las rejas de mi cuarto.

Pero Fernando no era de mi clase y hubiera sido imposible además que mi padre hubiera permitido que me casara con él no habiendo cumplido yo todavía diez y seis años.

—¿Dónde le conoció usted?—preguntó el conde dominándose, porque deseaba saberlo todo y conocía que su esposa perdía el hilo de su narración, dejándose llevar del entusiasmo de sus recuerdos.

—Le conocí en Valencia—contestó Clotilde;—yo vivía con mi padre en la ciudad, cerca de la cual radica, como sabes, casi todo el patrimonio de mi madre, oriunda de aquel país; Fernando vivía con su familia en Segorbe, pequeña ciudad del mismo reino.

Una mañana de estío salí yo de Valencia con mi padre para dar un paseo á caballo; Fernando había salido con el suyo del Grao, donde á la sazón se hallaba, con el mismo objeto; nos encontramos en el camino... ¡Jamás—exclamó la joven interrumpiéndose con sublime inocencia—jamás he visto después una mirada que pueda compararse á la que me dirigió Fernando!... ¡Palpitó mi corazón con una fuerza inusitada, mis mejillas se encendieron y estuve

á punto de caer desvanecida de mi caballo!

Detúvose la joven un instante pasando por su frente, enrojecida con el calor de los recuerdos, su mano blanca como el alabastro.

El desdichado esposo se oprimió el pecho, hundiendo en él sus dedos crispados por el dolor.

Aquel hombre veía desvanecerse todos sus sueños de ventura, todas sus esperanzas de felicidad.

La única mujer á quien había amado, la única á quien podía amar, la madre de sus hijos, le abría su corazón por vez primera, mostrándole henchido de otro amor y desgarrando con cada palabra una de sus más queridas y gratas ilusiones.

¿Qué importaba que ella misma ignorase la existencia de aquel amor? ¿Qué importaba que su inocencia le impidiese conocer su extensión, si no era por eso menos grande, menos fogoso?

Jamás hasta entonces se había revelado el alma de Clotilde; su excelente y un tanto misteriosa educación, su hermosa índole y la dulzura de sus sentimientos le habían impedido mostrar toda la energía y toda la pasión que era capaz de contener; su vida, en los dos años que llevaba de matrimonio, se había deslizado sin luchas, tranquila y apacible; el acero no había chocado con el imán, y el infeliz esposo conocía por primera vez cuánto podía sentir aquella virgen y

rica naturaleza y cuánta pasión era capaz de contener aquel corazón tan bueno y sensible.

El llanto amargo de la desesperación acudió á sus ojos, pero se dió prisa á tragarlo antes de que asomase, y esperó con aparente calma á que su esposa continuase.

Ésta lo hizo así:

—Desde aquel día Fernando siguió todos mis pasos; procuró hacerse presentar en mi casa, pero mi padre, á cuya perspicacia no se escapaba lo que pasaba en su corazón, se negó á recibirle y cortó de golpe y sin consideración alguna las relaciones corteses, pero frías, que había sostenido con el padre de Fernando.

Yo no tenía madre y por eso su vigilancia era tan celosa y tan severa. Fernando vió cerrados todos los caminos que podían acercarle á mí y tuvo que contentarse con hablarme cada noche por la ventana de mi cuarto, que daba á una calle solitaria; yo no sé cómo había logrado interesar á Agueda, mi nodriza, que dormía en mi misma habitación, y en cuyo celo tenía mi padre una ilimitada confianza.

—¡Pasó usted, pues, por todos los trámites de la seducción más vulgar!— exclamó amargamente el conde.—Y qué, señora, ¿no halla usted una sola circunstancia atenuante que decirme? ¿Hubo sólo lo que siempre, es decir, criados sobornados y coloquios al aire libre por la noche?

Clotilde no contestó; la pobre niña conocía que alguna cosa horrible pasaba en el alma de su marido, mas sólo era su instinto el que se lo avisaba, y únicamente podía darse cuenta de un presentimiento.

En cuanto al conde, dominóse de nuevo y dijo con aspereza:

—¡Prosiga usted!

—Augusto—repuso con dulzura la condesa—tú no querrás que mienta, ¿no es verdad? Si te incomoda mi narración, callaré... ¡pero sería tan feliz contándotelo todo... quedaría mi corazón descargado de un peso tan enorme!

—¡Prosiga usted!—repitió impasible en la apariencia el conde.

La joven cruzó sencillamente sus manos sobre las rodillas, y su móvil fisonomía, que había reflejado durante algunos instantes una profunda aflicción, se tornó de nuevo tranquila, apacible, casi sonriente.

Parecía imposible que aquella joven, casi adolescente, fuese la pobre y abatida criatura que sucumbía á su dolor poco antes en el fondo del palco en el teatro del Circo.

No era extraña semejante transformación: en el alma pura de Clotilde el cumplimiento de un deber era el mayor de todos los placeres, y ella creía cumplir con uno muy sagrado abriendo á su esposo por entero su corazón.

Entre tanto en el alma fogosa del conde se alzaba una tremenda tempestad y su corazón se agitaba en un piélago de fuego que le devoraba.

Clotilde fijó en el semblante de su marido sus hermosos ojos y continuó de esta manera:

—Los calores del estío se aumentaron y al mismo tiempo la falta de sueño, pues pasaba las noches enteras hablando con Fernando, á pesar de Águeda, que asistía siempre á nuestras entrevistas; la falta de sueño y el rigor de la estación alteraron mi salud de un modo tan sensible, que mi padre consultó á los médicos más afamados de Valencia, quienes declararon unánimemente que estaba amenazada de una enfermedad del pecho.

Aconsejéronme los paseos á caballo, y Fernando, á quien avisé de lo que ocurría, me propuso salir todas las mañanas acompañada de Antonio, el hijo de mi nodriza; él debía esperarme en la alameda en una plazoleta rodeada de bancos de piedra y sombreada por grandes árboles, y allí tendríamos libertad para hablarnos, pues Antonio estaba ganado por él.

Yo consentí en todo; Fernando tenía sobre mí un poder irresistible. Privada de mi madre, á quien no había conocido, y acostumbrada á los modales ásperos de mi padre, que si bien me amaba jamás me lo daba á conocer, la ternura y las dulces palabras de Fernando me fascina-

ban como un encanto poderoso y hasta entonces desconocido.

Todas las mañanas, al dar las cuatro, me vestía Águeda; Antonio tenía en el patio dos caballos del diestro; saltaba yo sobre el uno y él me seguía en el otro.

Dirigámonos al sitio indicado, donde ya nos esperaba Fernando, que había atado su caballo al delgado tronco de un álamo.

Antonio se separaba algunos pasos ó iba á aguardarnos á un pueblecillo inmediato, y nosotros pasábamos tres horas que nos parecían tres instantes.

Además nos veíamos por la noche; Fernando no quería renunciar á ningún medio de hablarme; mas su natural tristeza se iba aumentando día por día, y uno le dirigí algunas preguntas acerca de la sombría expresión de su semblante.

—Clotilde—me contestó tomando mi mano—tengo orgullo y sufro mucho al pensar que sólo puedo verte á hurtadillas y ocultándome como un malhechor.

Calló, esperando mi respuesta, pero yo no supe darle ninguna.

—¿Quieres casarte conmigo?—me preguntó tras algunos instantes de vacilación.

—¿Qué es eso de casarse?—repuso ásperamente mi nodriza acercándose á nosotros.—Sepa usted, señor de Silva, que jamás podrá usted

casarse con esta niña. ¡Hola! ¡No faltaba más! ¿Son estos los fines de usted? Lo que yo creía una inocente afición de niños no era otra cosa por parte de usted que un ambicioso cálculo? ¿Le han enamorado á usted sus tres millones de dote, eh? ¡Pero yo avisaré al señor duque, quien espantará á usted de buena manera!

Luego me separó con violencia de la ventana y la cerró de golpe.

—No llores, hija mía—continuó.—Ese hombre no te quiere; es un hambrón sin delicadeza... Yo no había sospechado que él tuviese codicia hasta ayer, que oí una conversación entre dos señores que había en la sala... Porque toda la ciudad sabe vuestras relaciones. Aquellos dos señores, á quienes no conozco, hablaban pestes del Sr. Silva, diciendo que quería hacer olvidar lo oscuro de su nacimiento y su plebeya fortuna atrapándote para su esposa... Desde entonces dije yo para mi sayo: ¡sí... fresco está! ¡Se las tiene que haber conmigo!... Yo... ya se ve... como te quiero tanto, sólo traté de darte gusto permitiendo que te hablase en mi presencia y á través de la reja... Pensé que era hijo del conde F..., de Segorbe, como me dijo el bribón de su criado; pero ahora ni su sombra se arrimará á las paredes de esta casa.

—En efecto—prosiguió Clotilde, á cuyos bellos y rasgados ojos asomó una lágrima, que

se suspendió de sus largas pestañas como un diamante—¡desde aquel día no pude volver á ver á Fernando!... Agueda me espiaba con un celo cruel, y por más que le escribí, creo que mis cartas no llegaban á sus manos; sin embargo, un día que, sentada yo junto á la reja de mi cuarto, testigo de nuestras promesas de amor, lloraba, traspasado mi corazón por la amargura de los recuerdos, sentí deslizarse una mano en la canastilla de labor que había puesto á mi lado y de la cual aun no había tomado mi bordado.

Levanté la cabeza y vi huir á lo lejos al criado de Fernando.

Loca, delirante, me lancé á la canastilla y saqué con mano temblorosa un billete que leí con ansia y que estaba concebido en estos términos:

«Clotilde: Es en vano que se moleste usted escribiéndome cartas que no he de leer y que no miro siquiera; conozco hoy lo que mi locura no me dejó conocer antes: que es usted superior á mí en nacimiento y en fortuna, y que esta desigualdad pone á nuestro amor una barrera insuperable.

»Olvídeme usted, pues; dé usted su amor á un hombre que sea igual á usted, que yo por mi parte buscaré una mujer cuya cuna y riquezas no excedan á las mías.»

Clotilde recitó esta carta con voz trémula y

con las mejillas encendidas; conociase que aquel recuerdo le despedazaba el corazón y que sufría terriblemente al evocarlo.

El conde devoró con su homicida ansiedad estos síntomas tan fatales para sus esperanzas, y pensó, con amargura, hasta qué punto había quedado grabado aquel billete en la memoria de su esposa.

Ésta continuó con su dulce candidez:

—¡Mucho me hizo llorar este billete! Yo amaba aún á Fernando de Silva, y estos renglones venían á arrebatar-me mi última esperanza; no obstante, cansada de llorar, el orgullo recobró su imperio y me propuse olvidar al ingrato que en tan poco tenía mi amor.

Empezaba ya á conseguirlo cuando nos conocimos, Augusto; me amaste, y tu cariño cerró para siempre en mi alma las llagas de aquella desgraciada pasión.

¡Con qué alegría acepté tu mano y qué feliz he sido junto á ti!

Interrumpióse Clotilde al pronunciar estas palabras y fijó sus hermosos ojos en el semblante de su esposo, espionando la primera señal de ternura y de perdón; pero el conde permaneció sombrío y mudo.

Ella prosiguió con menos seguridad:

—Ya te he referido, Augusto, todo cuanto ha sucedido; soy inocente, pues desde que vivo á tu

lado hasta hoy no he vuelto á ver á ese hombre; su vista me ha recordado otros tiempos y me ha causado una honda sensación; pero ¿puede una pobre criatura como yo dominar los impulsos del corazón?

—¿Luego, señora—repuso el conde amargamente—el corazón de usted es del Sr. Silva? ¡Bella esperanza de felicidad me ofrece usted para el porvenir!

—¡Por Dios, Augusto, por Dios, no interpretes así mis palabras! ¿Qué más puedo hacer que decirte cuanto siento? Y aunque yo le amara, aunque tú con tu experiencia vieses ese amor en el fondo de mi alma, ¿quién me protegería contra mí propia, si tú me desamparases? ¿Qué sería entonces de mí? ¡Ah!—exclamó Clotilde torciendo con fuerza sus blancas manos al ver la amarga impasibilidad del semblante de su marido.—Si en mi emoción ha habido crimen castiga por ella al infame que ha arrojado á Fernando en tu camino y en el mío, sólo por vengarse de los desprecios con que correspondo á su horrible amor!

Estas palabras conmovieron un tanto al conde, quien se acercó á Clotilde y preguntó con ansiedad:

—¿De quién quiere usted hablar, señora?

—Del marqués de la Oliva. ¡Oh, Augusto, si le hubieras oído esta noche en el teatro hubie-

ras comprendido hasta qué punto desea ese hombre vengarse de mí!

—Pero ¿qué le ha hecho usted?

—Desdeñar sus declaraciones de amor y reconvénirle por su atrevimiento; por eso no ha cesado de buscar un motivo para perderme en tu ánimo; ha podido averiguar por fin mis relaciones de soltera con Silva y te le ha presentado con la esperanza de que, viéndole yo, sucediese lo que no podía menos de suceder: que mi conmoción me vendiese y te hiciese creer que le amaba.

—¡Basta, señora!—interrumpió Augusto con voz de trueno.—Nada quiero saber de lo que concierne á usted; calle ya, y escuche lo que tengo que decirle.

—Pero... ¡Dios mío!

—Usted no me ama ni me ha amado nunca; el afecto de usted hacia mí no pasa de una agradecida amistad por los cuidados de que la he rodeado... No me interrumpa usted, Clotilde; no me ama usted, se lo repito; en almas como la de usted el primer cariño es el que dispone de la existencia, y usted no puede olvidar jamás á Fernando de Silva.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?—gritó Clotilde, levantándose, con el cabello desprendido y la actitud desesperada.—¿Quién le ha dicho que yo no amo á usted, que yo amo á ese hombre?

—Mi orgullo; el orgullo, Clotilde, es el verdugo de usted, aunque desgraciadamente tiene muy poca entrada en su alma; el orgullo del hombre á quien usted amaba hizo á usted infeliz, pues le obligó á renunciar cobardemente á su mano; el orgullo del hombre que amaba á usted le inspira un valor que también le obliga á renunciar á usted.

—¿Qué quiere usted decir, Dios mío? ¡Me vuelve usted loco!...—exclamó la condesa con profundo terror.

El conde fijó en su esposa una mirada menos dura conmovido por su acento y actitud; los tres años de felicidad que había disfrutado al lado de Clotilde, el apasionado amor que ésta tenía á sus hijos, su ternura y el cuidado que la infeliz joven había puesto desde que se había unido á él en embellecer su vida, todas estas consideraciones se agolparon á su memoria, y un rayo de alegría brotó en su alma.

Hallaba una posibilidad de perdonar, y para almas como la de Augusto conceder un generoso perdón es la mayor de las felicidades y el más grande de los placeres.

Augusto dió un paso hacia su esposa, y ya extendía sus manos para estrechar contra su pecho la abatida cabeza de Clotilde, cuando se abrió la puerta y entró un lacayo llevando una carta en una bandejilla de plata.

—Para el señor conde—dijo el servidor presentando la salvilla á su amo.

Este tomó la carta y rompió el sello, en tanto que Clotilde lanzaba un grito desgarrador, y el criado salía cerrando tras sí la puerta.

VII

Lazos rotos.

En el sello de lacre que el conde acababa de romper no se veía blasón alguno ni aun iniciales.

La condesa había ocultado el rostro entre las manos con profundo abatimiento mientras que su esposo recorría la carta con ávidos ojos.

Era un anónimo, uno de esos infames escritos que en nuestro ilustrado y luminoso siglo circulan por todas partes y se deslizan en el seno de muchas familias honradas, dejando el veneno de la destrucción y hasta la desesperación que conduce á la muerte.

Aquel odioso billete decía así:

«Una amiga fiel y que tiene en mucho el honor de usted le avisa, señor conde, que está empañado con una mancha indeleble; su esposa tuvo amores antes de casarse con un joven llamado Fernando de Silva; el matrimonio de aquella con usted no interrumpió sus relaciones, y

por fin Silva ha encontrado medio, de acuerdo con la esposa de usted, de hacerse presentar en su casa; el marqués de la Oliva, sin saberlo, ha servido de instrumento en esta intriga.

»Haga de este aviso el uso que quiera, pero cualquiera que este sea, la persona que escribe á usted cree deber manifestarle, para su consuelo, que las relaciones de la condesa con Silva han sido tan secretas y tan decorosas, por decirlo así, que al menos han evitado á usted el ridículo del escándalo.

»Muchas pruebas de los amores de Clotilde con Fernando pudiera dar á usted la persona que esto escribe, pero no quiere mortificarle con evidencias, sino despertar únicamente en su alma una sospecha que le haga mas cauteloso y corte todo escándalo para lo sucesivo.

UNA AMIGA.»

El desdichado esposo acabó de leer este papel y lo estrujó entre sus crispadas manos con una fuerza convulsa.

Luego se acercó á la condesa con aire severo, pero firme, y que anunciaba una resolución irrevocable, que se pintaba también en su ancha frente y en la mirada brillante de sus ojos.

—Señora—dijo con acento frío y sonoro— desde hoy somos extraños el uno para el otro;

vivirá usted en sus habitaciones con sus hijos, á quienes no quiero volver á ver.

Clotilde alzó la cabeza y miró atónita á su marido; había oído el eco de su voz, pero no había comprendido ninguna de sus palabras.

—Para no dar pasto á las hablillas del mundo—continuó el conde—acompañaré á usted alguna vez al teatro y á los salones en que antes nos veían, pues no quiero que haya en nuestra vida ninguna mudanza ostensible; mas en el interior de nuestra casa, se lo repito á usted, seremos extraños el uno para el otro.

La condesa pareció penetrar entonces el sentido de estas palabras, porque lanzándose sobre la carta que el conde había arrojado al suelo la tomó y, desarrugándola, leyó su contenido.

—¡Es decir—exclamó amargamente—que porque ese hombre ha querido vengarse calumniándome reniega usted de mí, de la madre de sus hijos!

—Reniego de usted y de ellos, señora, es cierto.

—Pero ¿no ve usted adónde alcanza esa carta? ¿No conoce usted de quién es?

—No señora.

—La ha escrito el marqués de la Oliva.

—Estoy cierto de que se equivoca usted; esa letra es de mujer.

—El es capaz de haberla falsificado. ¡Oh, Au-

gusto!—prosiguió la desgraciada joven.—¡Augusto! ¿Será posible que me abandone usted á ese hombre, usted á quien amo tanto? Poco ha que el principe de Cellemare tuvo que librarme de los insultos del marqués... El fué quien oyó las insolentes amenazas que me hizo en el teatro, quien me acompañó aquí y quien al despedirse me aconsejó que refiriese á usted cuanto había mediado entre Silva y yo.

—¡Siempre ha de tener usted ese nombre aborrecido entre los labios, señora!

—Es preciso nombrarle por desgracia, Augusto... es preciso... También á mí me quema ese nombre los labios y quisiera no tener que pronunciarle jamás. Pero ¿qué quiere usted que haga, Dios mío? Augusto, crea usted en mi virtud, en mi amor, en mi honradez!... Augusto... ¡fíe usted en mí y nunca volverá á oír de mi boca ese nombre!

Calló la condesa quebrantada por su profundo dolor y se apoyó desfallecida en una silla.

Pero el semblante de su esposo no expresó ni el dulce sentimiento de la piedad ni siquiera el interés más leve; tenía razón, el orgullo se había posesionado de su alma, herida por la creencia de que Clotilde amaba á Fernando de Silva.

Así, pues, en vez de conmoverse con las palabras de la joven, se acercó á ella y le dijo:

—Prevengo á usted, para evitar en lo sucesivo

escenas dramáticas de esta clase, que voy á hacer la vida de marido disipado.

—¡Usted!—gritó Clotilde levantando su bella cabeza, como si hubiera atravesado por sus sienas un dardo de fuego.

—Yo—respondió el conde con su terrible calma—voy á jugar, á pasar fuera de casa las noches, y á...

—¡No, no lo hará usted!—exclamó la condesa.

—Lo haré, señora; si la vista de mi disipación le hace daño puede usted irse al lado de su padre.

—¿Pero qué he hecho á usted? ¿De qué modo he podido merecer la horrible suerte que nos prepara usted, tanto á mí como á nuestros hijos?

Anublóse terriblemente la frente del conde, que apretó los puños y murmuró con voz sorda:

—¡Señora... si estima usted su vida y las suyas... no me nombre usted jamás á sus hijos!...

Y moderándose luego, en virtud de un poderoso esfuerzo de su voluntad, añadió:

—Aun amo á usted por mi desgracia, y para olvidar que usted ama á otro y que esto lo sabe la persona que ha escrito este anónimo, no perdonaré medio alguno, se lo advierto; poco me importa que todo el resto del mundo lo ignore: ese hombre ó esa mujer lo saben, y basta para que yo desee mejor pasar por un marido ingrato y culpable que por un marido víctima.

—¿Conque va usted á castigarme por culpas imaginarias?—observó la condesa con voz ahogada por las lágrimas.

—Señora—respondió Augusto—si llama usted castigo á una decisión que la deja en plena libertad, no seré yo quien se lo impida; llámela usted como más le agrade, pero culpe usted tan sólo á la posición excepcional en que la suerte nos ha colocado; usted será inocente... no quiero meterme á discutir en este punto; será usted inocente de voluntad, pero no lo es de pensamiento, y yo tengo la fatalidad de ser muy exigente y de no contentarme con medias tintas; he querido siempre todo ó nada, y puesto que tengo que renunciar á una parte de su corazón renuncio á todo sin pena.

El conde, al decir estas palabras, se dirigió á la puerta, mas Clotilde le cerró el paso, y tomándole las manos con fuerza, exclamó:

—Yo digo á usted, Augusto, que me calumnias indignamente, y que es usted muy culpable en empujarme así hacia la desesperación; le prevengo que no es justo abandonar así á una pobre mujer cuando ella viene á pedir á usted amparo, aunque esa mujer llevase en el fondo del corazón un amor culpable; más yo sabré pagar á usted bien por mal y le evitaré el que Dios pueda pedirle cuenta de mi vida y de mi honor... sí, porque quiero vivir para mis hijos, para sus

hijos; quiero luchar contra la fatalidad de mi destino y decir á usted algún día: si amé, supe matar mi amor con el deber, pues el deber es el verdugo de todas las pasiones culpables; usted, que me hizo ver en el fondo de mi corazón una pasión cuya existencia ni siquiera sospechaba, para abandonarme después á sus ímpetus, á sus luchas, á sus dolores venga á que le perdone, porque perdonarle ansía la pobre mujer á quien rechazó sin piedad.

Detúvose aquí Clotilde y en vano esperó la respuesta de su esposo; la funesta ceguedad de éste ni se había disipado ni le había dejado conmoverse con las enérgicas y sentidas frases de la joven.

—El porvenir me es completamente indiferente, señora—dijo;—olvidaré el pasado, y en cuanto al presente sólo existirá para mí en los placeres de toda clase que desde hoy voy á procurarme; usted nada ha perdido á los ojos del mundo; haré como que no veo las galanterías del marqués de la Oliva; pero queda usted en completa libertad de corresponder á ellas; á los ojos de la sociedad seré un marido complaciente, ó, como dan en decir los necios, un marido *á la moda*; mas entre los dos quedan rotos todos los lazos que nos unían, y nada somos, nada podemos ser jamás el uno para el otro.

El conde, así que pronunció estas palabras,

salió del cuarto de su esposa y se dirigió al suyo.

Clotilde apoyó sus manos contra el pecho y dejó escapar un hondo gemido.

Un instante después se levantó, dirigióse á una imagen de la Virgen, situada á los pies de su lecho, y oró hasta que la luz del alba vino á hacer palidecer el resplandor de las casi extinguidas bujías.

VIII

El duelo.

Preciso es retroceder algún tanto, lector mío, y que nos traslademos al instante en que el príncipe de Cellemare volvió á buscar al marqués de la Oliva, después de dejar á Clotilde en su casa.

Esperábale, en efecto, el marqués paseando lentamente entre los árboles de la plaza del Rey, y en honor de su valentía debe decirse que pensaba menos en el peligro que iba á correr batándose con el príncipe que en el efecto que su carta debía producir en el ánimo del conde.

Porque él estaba bien cierto de que su anónimo llegaría á su destino, aunque debiese costar la vida á su emisario.

Muchos meses hacía que el marqués sólo veía ante sus ojos la imagen de Clotilde; la angelical virtud de esta joven hacía tan gran contraste